

## EXAMEN DE LIBROS

Moisés GONZÁLEZ NAVARRO, *Raza y tierra. La guerra de castas y el henequén*. El Colegio de México, 1970. ix, 392 pp. (Centro de Estudios Históricos, Nueva Serie, 10.)

Al hojear por primera vez el nuevo libro de Moisés González Navarro, *Raza y tierra. La guerra de castas y el henequén*, es probable que se piense, con cierta sorpresa: "¡Otro estudio más sobre Yucatán, y especialmente con relación a la Guerra de Castas! . . . Pero si ya hay tantos libros dedicados a Yucatán, el de Reed sobre la Guerra de Castas y el estudio de Howard Cline referente al siglo diecinueve que, a pesar de estar mecanografiado, se lee tan bien en microfilm que puede ser considerado como obra publicada." El comentario es tan acertado que el mismo don Moisés lo analiza en la introducción:

Acaso se pueda pensar que siendo la historia yucateca una de las más estudiadas, así por mexicanos (yucatecos en mayoría, por supuesto) como por extranjeros, sea redundante escribir un libro más sobre Yucatán. Sin embargo, tal vez no sea del todo ocioso que un mexicano del centro del país escriba de nuevo sobre este tema, no sólo porque se trata de una obra independiente, sino porque intenta relacionar dos grandes temas de la historia social, dentro de un amplio marco en el que confluyen la historia política, la económica y la diplomática. (p. 3.)

Por lo tanto, el estudio tiene como objeto examinar, dentro del marco de la historia de Yucatán, otra visión diferente a la que tienen los historiadores locales y el compromiso a una política nacional de desarrollo y de liberación más que a una política regionalista.

Los temas gemelos de raza y tierra, que tienen en Yucatán una historia especial en la Guerra de Castas y en el cultivo y procesamiento del henequén, han sido reunidos por don Moisés en una interpretación global de la historia de la península: la conquista española trajo consigo el establecimiento de una sociedad de estamentos basada en la raza y que conllevaba la formación de haciendas pertenecientes a españoles y trabajadas por los indios y por algunos negros traídos a Yucatán. La independencia

de España solamente le dio mayor fuerza a la estructura social de esta sociedad de estamentos.

Yucatán... es una de las regiones en que la sociedad estamental subsiste con mayor vigor después de consumada la independencia; en la península el mestizaje no adquiere la fuerza suficiente para amortiguar la lucha de los herederos de conquistados y conquistadores. Estos últimos sostienen la contribución personal (símbolo de la conquista) e incluso acentúan, en algunos casos, la severidad de la legislación de la Corona para mantener la servidumbre rural; conservan vigentes, además, los elevados aranceles de las obvenciones parroquiales. (p. 1.)

A través de la Guerra de Castas, del triunfo de las plantaciones de henequén y del hecho de que éstas se convirtieron, en gran medida, en ejidos, la base racial de la clasificación social y económica se ha transformado en una clasificación en la cual las divisiones provienen de la función económica y de la riqueza, es decir, la sociedad estamental se ha convertido en una sociedad de clases que don Moisés considera característica del Yucatán contemporáneo.

Incidentalmente, Don Moisés no cree que el fenómeno del levantamiento indígena que se manifestó en la Guerra de Castas sea un fenómeno único; lo peculiar en la guerra de Yucatán fue su extensión y su duración. Considera que éste fue uno de tantos levantamientos indígenas, tales como los que se dieron en Chiapas y en Sonora, y que son, en realidad, parte de un fenómeno general mexicano. Desde luego, el autor tiene razón, pero no generaliza lo suficiente pues las rebeliones campesinas son un fenómeno planetario.

El plan de la obra es relativamente sencillo. En el largo capítulo inicial se hace un bosquejo de la implantación del sistema colonial español, con sus dos brazos de exacción: por un lado, la Corona, los encomenderos y los hacendados y, por otro, la Iglesia a través del notable desarrollo de impuestos eclesiásticos especiales y de donaciones voluntarias, las famosas obvenciones. Es necesario subrayar que don Moisés comprende plenamente el sentido genuino del interés que tenían tanto la Corona como la Iglesia por los indígenas; el autor no ofrece una historia simplista en blanco y negro. En una sección de este capítulo se hace énfasis en las protestas indígenas que adoptan la forma de rebeliones, incluyendo la de Jacinto Uc en 1761. El capítulo es una obra maestra de comprensión y síntesis, pero me extraña que

se le dé tanta importancia a las agitaciones y levantamientos menores que se daban a intervalos poco frecuentes y que rara vez afectaban a áreas extensas, ya que el autor no examina la forma mucho más extendida y permanente de buscar alivio y de protestar, a saber, la migración de segmentos importantes de la población a las zonas interiores del estado que regresaban sólo después de que se mejoraban sus condiciones de vida y de trabajo.

En el segundo capítulo empieza lo que es realmente el desarrollo de la tesis del libro; a través de una larga exposición, el autor demuestra que la separación política de España no mejoró las condiciones de trabajo ni aminoró la explotación de que era objeto la población indígena por parte de criollos y mestizos pertenecientes a la clase alta mexicana. El tributo indígena, abolido formalmente, fue reinstaurado bajo la forma del impuesto de capitación. Se abolió la esclavitud, pero ésta nunca fue importante en Yucatán, y el trabajo obligatorio que debían realizar los miembros de las clases bajas, técnicamente libres, fue impuesto con mayor vigor aún, a través de nuevas leyes y reglamentos contra la vagancia. Finalmente, las controversias sobre centralismo y federalismo que agitaban al país, dentro de las cuales las clases altas yucatecas adoptaban una posición federalista debido a antiguos sentimientos particularistas, dieron lugar a que se armara a una parte de la población indígena para que tomara parte en las incesantes disputas de las facciones, incluso en momentos en los cuales la expansión del sistema de haciendas, a través del apoderamiento y de la compra de muchas tierras que pertenecían a campesinos indígenas, creaba un resentimiento creciente. El hecho de no aceptar reducciones o reformas al sistema de impuestos y derechos eclesiásticos tuvo como consecuencia que se mantuviera la opresiva y odiada carga que tenían que sobrellevar los indígenas.

Los capítulos III y IV contienen la parte esencial del libro; en ellos se trata la Guerra de Castas, las tentativas por deshacerse de los indígenas rebeldes vendiéndolos como trabajo forzado fuera de la península, especialmente en Cuba, y el fin de ese tráfico simultáneo al triunfo de la hacienda en las vastas extensiones donde se cultivaba el henequén así como el auge en la producción de henequén debido a una demanda mundial que aumentaba rápidamente. Don Moisés no pretende hacer una historia general de Yucatán; no se aleja de los temas que decidió tratar al estudiar las décadas incluidas en la segunda parte del siglo dieci-

nueve. Con mucha razón insiste sobre el papel desempeñado por las obvenciones en el estallido que luego se convirtió en la Guerra de Castas y, mediante un análisis detallado, aclara un hecho que Reed, en su estudio, omite: inicialmente, los indios pedían reformas modestas, que hacía ya largo tiempo hubieran debido ser otorgadas, a los impuestos y derechos que cobraba la Iglesia.

La contribución principal de estos capítulos, que además es muy novedosa, es la exposición detallada del comercio de indígenas embarcados, bajo diversos pretextos, a Cuba donde tenían que hacer trabajos forzados y la historia diplomática de la discusión y protesta por este tráfico. El autor realizó extensas investigaciones en el archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores en la ciudad de México, en la *Foreign Office* en Londres, en el Archivo Nacional de Cuba en la Habana, en el Archivo Histórico Nacional y en el Archivo del Ministerio de Estado, los dos últimos en Madrid. Tal como don Moisés lo indica en el prefacio, su proyecto inicial fue estudiar la historia diplomática de este comercio y, a partir de ese proyecto, amplió sus planes y concepciones y realizó la investigación que ahora fue publicada. Extrañamente, de su cuidadoso análisis y de las cifras de personas trasladadas se desprende que el comercio de seres humanos era, desde luego, motivo de escándalo pero que el número de personas involucradas no pudo haber sido mayor de dos o tres mil. La demanda de mano de obra en Cuba era tal que algunos individuos, incluyendo a Santa Anna, podían obtener beneficios de esta forma velada de comercio de esclavos y los dueños de plantaciones en Cuba conseguían algunos trabajadores; pero la exportación de rebeldes como medio para solucionar la guerra civil en Yucatán a través del traslado de los indios rebeldes nunca tuvo muchas probabilidades de éxito.

Don Moisés, quien como de costumbre maneja con maestría las estadísticas relativas al período de Díaz, documenta sucintamente el triunfo de la hacienda durante el Porfiriato así como el proceso a través del cual una parte importante de la población de la península fue reducida a una virtual servidumbre. Trata con cierta extensión, el problema de la irónica inversión de los patrones de trabajo durante el Porfiriato cuando las necesidades de las haciendas henequeneras convirtieron a Yucatán en un importador de mano de obra; muchos de los trabajadores eran convictos o fueron raptados, otros eran inmigrantes contratados o libres provenientes de China, Corea y Japón.

El último capítulo contiene los puntos críticos de la tesis básica de la obra. Abarca los cambios en la mano de obra y en la tenencia de la tierra desde la caída de don Porfirio hasta 1969. Durante los primeros años de la Revolución, los salarios aumentaron; Lázaro Cárdenas, durante su gestión presidencial, inició un experimento de ejidos colectivos, pero la expropiación no acabó con el predominio de la propiedad privada sobre el cultivo y procesamiento del henequén. Salvo durante épocas de prosperidad debidas a las dos guerras mundiales, el cultivo del henequén se ha enfrentado a dificultades crecientes debidas a que, en el mercado mundial, han aparecido otras fibras y se han producido cambios tecnológicos que alteran la forma de la demanda. Sin embargo, don Moisés sostiene que, cualesquiera que sean las dificultades económicas del campesinado yucateco, la península tiene, hoy en día, una sociedad de clases por el simple hecho de que hay indígenas en todas las clases y que las divisiones básicas alrededor de las cuales gira la política son económicas y no raciales.

El cambio, aun cuando constituya una mejora, se ve ensombrecido por la creciente crisis actual que tiene lugar en la península:

La realidad es que, habiendo sustituido, casi en su totalidad, la sociedad clasista a la estamental, las clasificaciones étnicas carecen, en cierta forma, de interés histórico. Por tanto, lo fundamental al terminar este libro (noviembre de 1969) es que los candidatos de los dos partidos políticos mayores de Yucatán coincidieron en señalar que "la miseria se agudiza en el campo" (Partido de Acción Nacional) y que la "enfermedad del Estado es el hambre" (Partido Revolucionario Institucional). Por supuesto, la coincidencia ahí acaba, el resto del diagnóstico y, por consiguiente, de la terapéutica, varía. (p. 291.)

El libro termina con estas sombrías palabras.

En un extenso apéndice documental se publican importantes decretos, manifiestos, leyes, correspondencia y estadísticas esenciales. Finalmente, la larga bibliografía de fuentes consultadas indica la profundidad y amplitud de la investigación realizada en esta monografía.

La breve exposición del contenido de la obra resulta inadecuada para enfatizar las sólidas virtudes de este libro; es decir, la extensa y bien documentada investigación que realizó el autor y la detallada evidencia que presenta.

Gracias a estas características, el libro será, durante años, de inestimable valor para otros investigadores. También hay que decir que el cuidado con el que don Moisés investiga lo conduce a desarrollar cada tema mucho más allá del marco de Yucatán, convirtiéndolo en una exposición general que sería más conveniente publicar como artículo independiente. Tal es el caso de la descripción que hace de la abolición del comercio de esclavos o de las medidas tomadas contra la vagancia y los pobres. De hecho, el autor ha privado a *Historia Mexicana* de excelentes artículos al colocarlos en una monografía donde, debido al desarrollo que tienen, resultan menos apropiados.

La tesis básica sostenida en el libro es, a la vez, audaz y perceptiva; es la creación de una mente madura. La pregunta que debe plantearse en cualquier evaluación del estudio es si esta tesis es o no cierta. Aquí es posible caer en un abismo de definiciones, pues don Moisés se apoya en una definición de raza dada por George Dee Williams. Por otra parte, en los estudios sociológicos actuales se emplearía un enfoque estadístico, es decir se mediría la proporción de miembros de cada raza y de cada mezcla racial en los diversos niveles de la sociedad. Este método, en manos de Florestán Fernandes y de su grupo, ha llevado a la conclusión indiscutible de que en el Brasil, donde una vez se pensó que los problemas de actitudes raciales y de discriminación habían sido resueltos, existe una profunda discriminación racial, especialmente contra negros y mulatos. Desde luego, este método y los conceptos subyacentes que contiene, constituyen un afilado escalpelo que puede conducir a conclusiones angustiosas aplicado incluso a la zona central de México. En el caso de Yucatán, la simple inspección visual de Mérida, Campeche y los pueblos cercanos es suficiente para ver que hay una alta concentración de indígenas en las capas bajas de la sociedad mientras que, en los niveles más altos, los indígenas están extremadamente poco representados; recíprocamente, casi no hay elementos no indígenas en los niveles bajos, mientras que los niveles superiores contienen el grueso de los no indígenas. Yo, por lo menos, me veo obligado a concluir que hoy en día, Yucatán está lejos de tener solamente una sociedad de clases y que la herencia de los siglos pasados pesa mucho sobre la península. Por otra parte, don Moisés muy probablemente tiene razón al definir la tendencia de cambio a largo plazo. La población de la península se dirige hacia una sociedad de clases y, si se le da el tiempo suficiente, la establecerá. En

síntesis, la obra es valiosa y brillante pero, con respecto a la tesis básica, hay que emitir un veredicto de tipo escocés: la tesis no ha sido probada.

WOODROW BORAH \*

*Universidad de California, Berkeley*

## APELACIÓN DEL VEREDICTO ESCOCÉS

*Réplica de Moisés González Navarro a Woodrow Borah*

El señor Woodrow Borah concluye, triunfante, su comentario sobre mi libro *Raza y Tierra*, con “un veredicto de tipo escocés: la tesis no ha sido probada”; tesis que, según el señor Borah, consiste en que la yucateca “es una sociedad de clases por el simple hecho de que hay indígenas en todas las clases y que las actividades básicas alrededor de las cuales gira la política son económicas y no raciales”. Por desgracia, no cita la página en que yo haya dicho, o insinuado, “por el simple hecho”.

En opinión del señor Borah para conocer si la sociedad yucateca es estamental o clasista, la sociología actual emplearía un enfoque estadístico, es decir, se mediría la proporción de miembros de cada raza y de cada mezcla racial en los diversos niveles de la sociedad. El empleo de este método llevó a Florestán Fernandes y a su grupo a la conclusión de que en Brasil todavía existe “una profunda discriminación racial, especialmente contra negros y mulatos”.

Si el señor Borah no termina la posibilidad de “caer en un abismo de definiciones”, tal vez se habría ahorrado tinta, tiempo y esfuerzo. En efecto, lo primero es analizar los supuestos en que se basa una investigación. Por mi parte, explícitamente preciso que me baso en el concepto de raza de George Dee Williams (p. 3), y mi concepto de sociedad estamental (p. 11) es una adaptación del pensamiento de Max Weber (*Economía y Sociedad*, tomo I, pp. 320-322, de la edición de 1944). Primero, pues, debió demostrar que mis conceptos de raza y estamentos son incorrectos, porque antes de medir la proporción de los miembros de cada raza y de cada mezcla racial, es preciso saber qué, por qué y cómo se va a medir. De cualquier modo, el señor Borah olvida,

\* Traducido del inglés por Cecilia Andrea Rabell.